

*D. Tulian Casaña y Leonardo*  
*R F-C/MAN*

CÁTEDRA DE HIGIENE PÚBLICA  
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE BARCELONA.

## SESION SOLEMNE

CELEBRADA EL DIA 16 DE MAYO DE 1884

con motivo del obsequio hecho al Profesor por los alumnos de dicha Cátedra.

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL ALUMNO

**DON RICARDO MANDADO**

Y RESPUESTA DADA POR EL

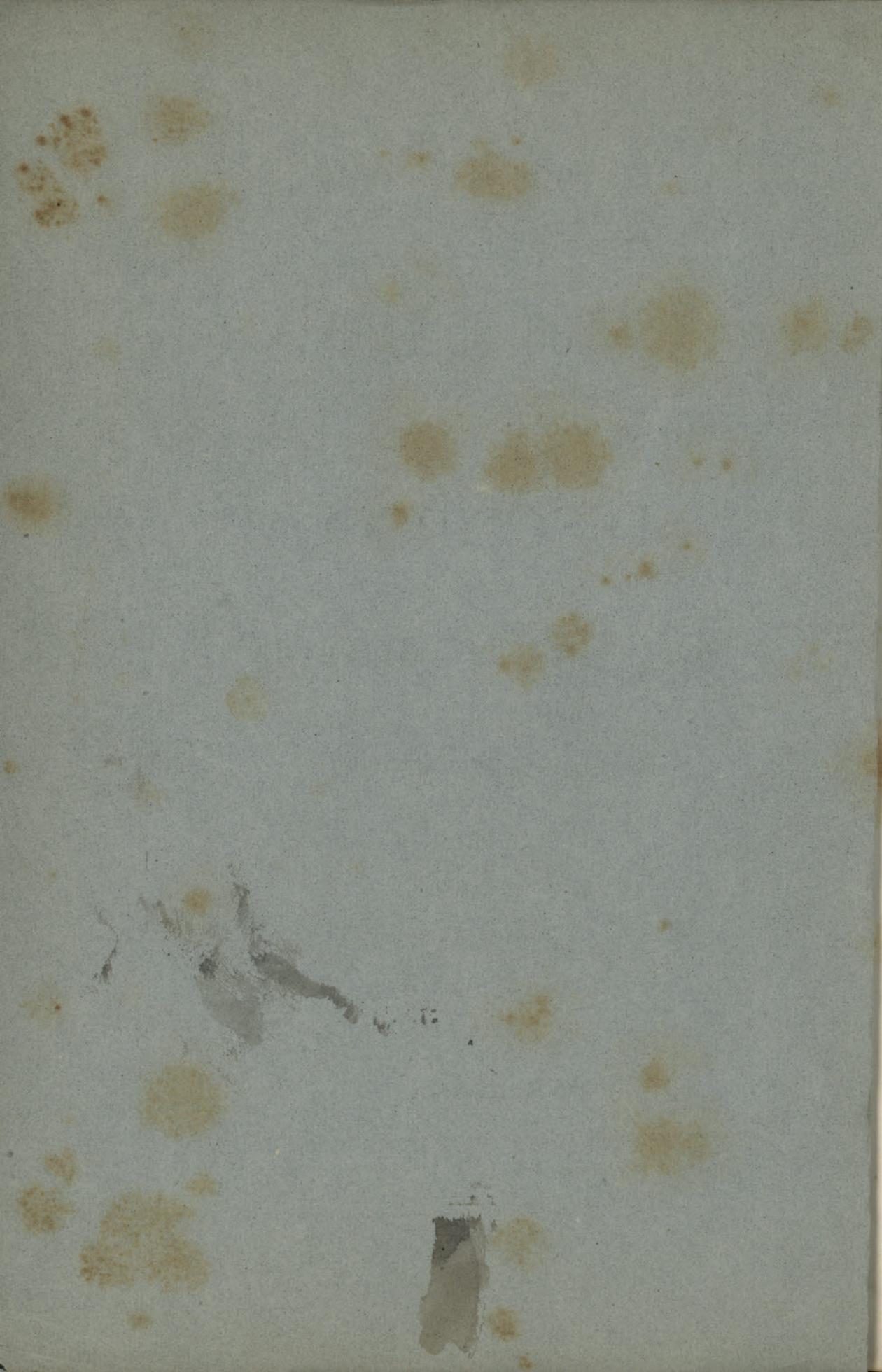
**DR. RODRÍGUEZ MÉNDEZ.**

BARCELONA.

IMPRENTA DE LOS SUCEORES DE N. RAMIREZ Y COMP.<sup>ta</sup>

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1884.



CÁTEDRA DE HIGIENE PÚBLICA  
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE BARCELONA.

---

# SESIÓN SOLEMNE

CELEBRADA EL DÍA 16 DE MAYO DE 1884

con motivo del obsequio hecho al Profesor por los alumnos de dicha Cátedra.

---

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL ALUMNO

Don Ricardo Mandado

Y RESPUESTA DADA POR EL

DR. RODRÍGUEZ MÉNDEZ.



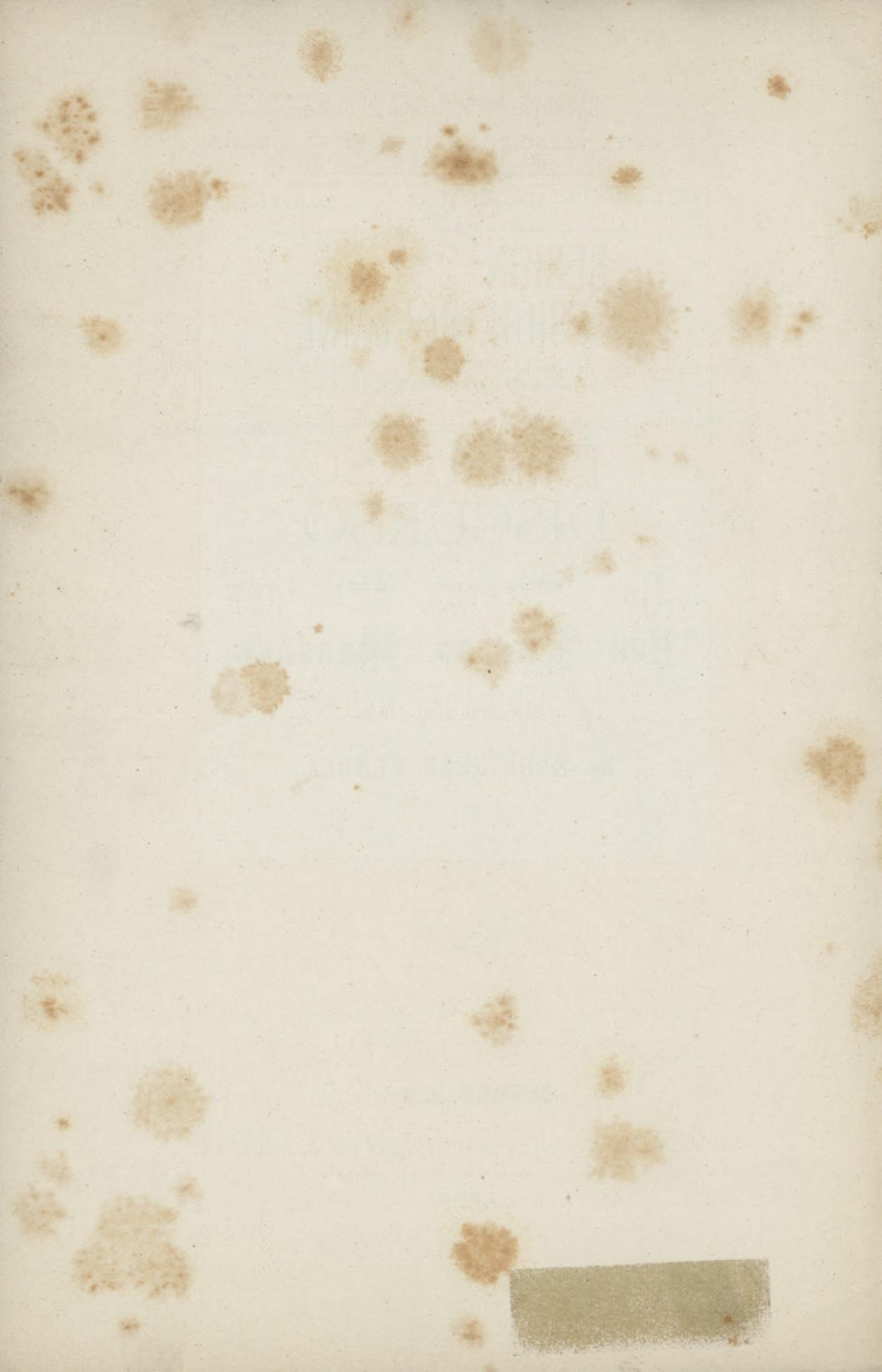
**BARCELONA.**

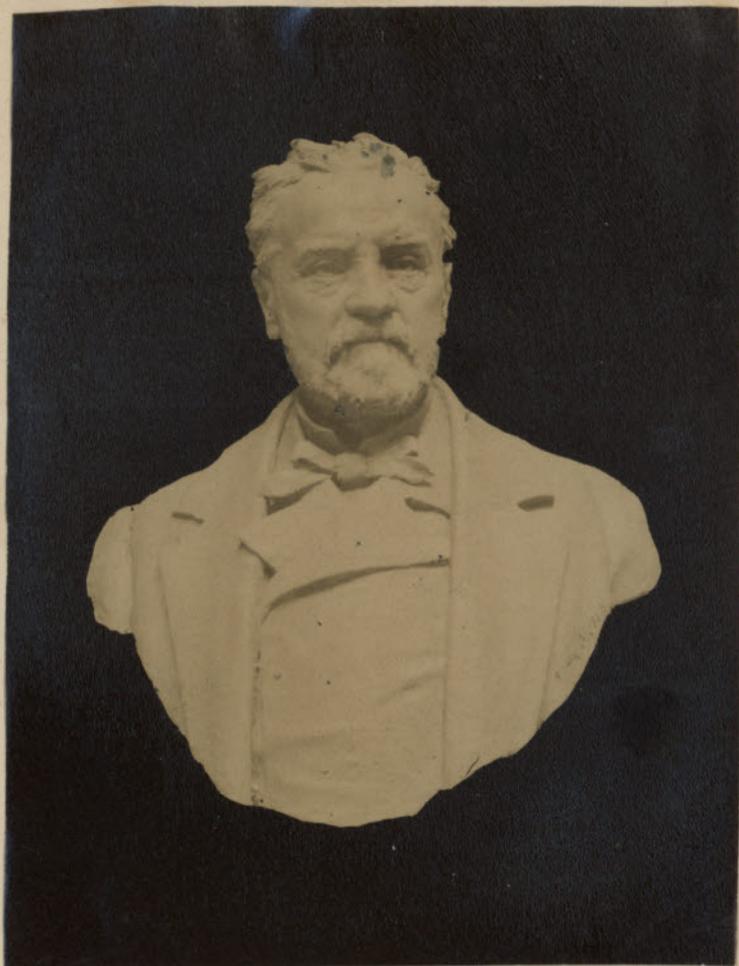
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.<sup>a</sup>

Pasaje de Escudillers, núm. 4.

1884.





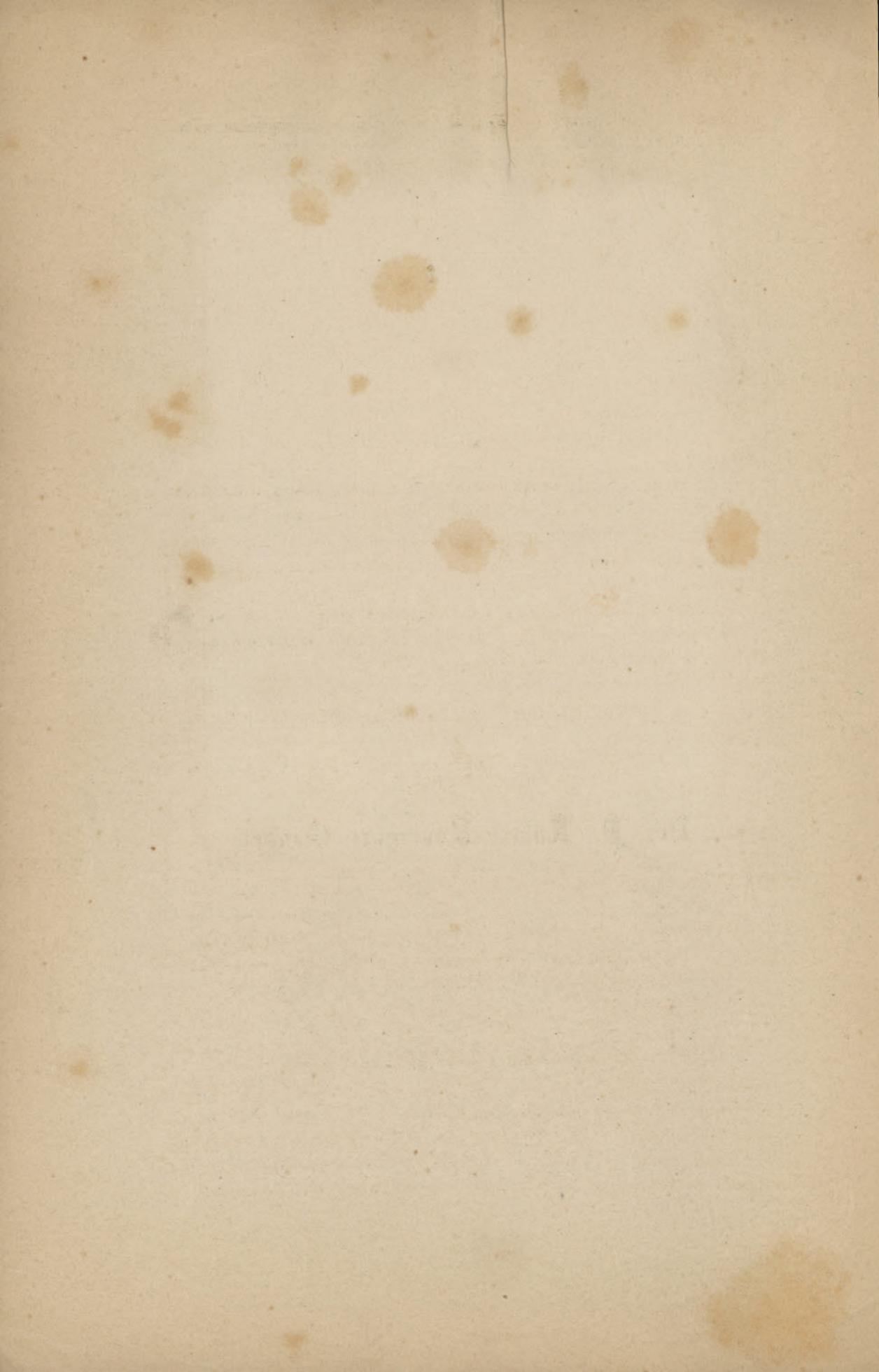


COPIA FOTOGRAFICA DEL BUSTO DE

PASTEUR

regalado por los alumnos de Higiene Pública (1883 á 84) al

DR. RODRÍGUEZ MÉNDEZ.



---

El día 26 de Mayo de 1884, esperaba en la ante-cátedra al Dr. Rodríguez Méndez una Comisión de alumnos, la que, en nombre de sus compañeros, pidió á su Profesor recibiese, con tanto gusto como ellos lo habían ideado y hecho, un ALBUM en que expresaban sus sentimientos y cariño.

El álbum está constituido por un elegante tomo en 4.º con tapas de piel de Rusia, cantos dorados, hojas de cartulina y acabada encuadernación. En la tapa de cubierta dice:

AL DIGNO CATEDRÁTICO

DE

HIGIENE PÚBLICA,

**Dr. D. Rafael Rodríguez Méndez**

SUS ALUMNOS DE 1883-84.

La *Dedicatoria*, cuya redacción se debe al alumno D. Federico León y García, y que ha sido caligrafiada con mucho gusto y pulcritud por otro condiscípulo, D. Manuel Bergada y Romaguera, está concebida en los siguientes términos:

**NUESTRO MUY QUERIDO Y RESPETABLE CATEDRÁTICO:**

«Niños aún, leíamos con avidez la relación de las proezas llevadas á cabo por guerrero valiente y esforzado. Y la ruda matanza, los actos heróicos, la triunfal entrada del campeón vencedor, ponían en nuestros ánimos profundísimo entusiasmo.

»Hoy, en la flor de nuestra edad, comenzando á vivir la vida social, con el corazón lleno de sentimientos y la mente de ilusiones, anatematizamos el vandalismo y censuramos lo que antes aplaudíamos con reprensible ligereza. Porque estamos convencidos de que vale mucho más la vida de un hombre, que la adquisición de un puñado de tierra ó que la satisfacción de injustificables ambiciones.

»Y llenos del espíritu de nuestra época; respirando con ambos pulmones el ambiente del Progreso, que por todas partes difunde su benéfica influencia; enriquecidos con las ideas humanitarias que vos mismo nos habeis inculcado, á pesar de nuestro escaso poder de asimilación, creemos que es la Ciencia la única merecedora de nuestros aplausos incondicionales.

»Y vos, con vuestro saber, con vuestra palabra, habeis sido el Profeta para con este pueblo escolar, que ansía sentar la planta en la tierra de promisión. Y por ello, nuestros plácemes, nuestras felicitaciones y sobre todo nuestro inacabable agradecimiento, son para vos; tan superior al guerrero de rostro atezado, que ostenta con orgullo sus manos tintas en sangre inocente, como lo es la Ciencia, bienhechora de la Humanidad, á la guerra que extingue los inmortales destellos de la inteligencia, pisoteando el derecho que más arraigado está en el corazón del hombre: el derecho á la vida.

»Recibid, pues, esta muestra débil del cariño y del agradecimiento de vuestros alumnos.

»Barcelona Mayo 26 de 1884.

»Francisco Tous y Biaggi.—Manuel Bergadá y Romaguera.—Federico León y García.—Manuel González y Arbó.—José M.<sup>a</sup> Vicens y Roca.—Pedro Recasens y Minguella.—Guillermo Roca y Arrom.—Baldomero Sedó y Virgili.—Jose M.<sup>a</sup> Roca y Heras.—Francisco Cabré y Aragonés.—Hermenegildo Carrera y Miró.—José Casasa y Domenech.—Juan Coma y Pedrals.—Enrique Raduá y Oriol.—Manuel Sanz y Anglada.—José Prats y Tornell.—Francisco Guasch y Ferrer.—Pedro Muñoz y Riera.—Joaquín de Riba y Camarlot.—Antonio Segarra y Lloret.—Manuel María Durán y Ventosa.—Melchor Subias y Derch.—Ignacio Girona y Magriñá.—Adolfo Torrents y Pujol.—Félix Nogueras y Fernández.—Romualdo Vizcarro y Prat.—Lorenzo Baró y Cayol.—Ramón Pellicer y Bigas.—Mauricio Calonge y Pinos.—José Sentís y Aguiló.—Vicente Torres y Simonet.—Florencio Cavalleria de Budalles.—Juan Roset y Rovira.—Francisco Soler y Jovés.—Joaquín Puig y Grau.—Orencio Virgili y Berrás.—José Escriu y Pons.—Juan Heredia y Mauricio.—Antonio Rivas y Maurici.—Francisco Bofill y Galtés.—Francisco Pujol y Morató.—Cárlos Torrens y Jovés.—José Ricart y Planes.—Ramón Bonafont y Roig.—Ricardo Mandado y Salomó.—José Grifoll y Tapias.—Benito

»Valdés y Salvador.—Tomás Cabanges y Andrés.—José M.<sup>a</sup> Truillet y  
»Texidor.—Ignacio Canal y Goyeneche.—Magín Barba y Balansó.—José  
»Pagés y Dalmau.—Enrique Igual y Estrany.—José Xalma Civil.—Seve-  
»rino García Fortea.—Estéban Forns y Salleras.—Rafael Morgades y  
»Mestres.—Bernardo Riera y Alemany.—Eduardo Mallafré y Escobal.—  
»S. Arturo Escudero y Alcolea.—José Estivill y Pellicer.—Lorenzo Ubach  
»y Galés.—José Peñasco y Paredes.—Diego Garrido y Flores.—Gabriel  
»Alomar y Alomar.—Manuel Golet y Mullol.—Baldomero Solá y Seriol.»

Profundamente afectado dió las gracias el Dr. Rodríguez Méndez por tan cariñosa manifestación.

Inmediatamente después los representantes del Curso rogaron á dicho Profesor aceptase, como recuerdo de las doctrinas que con tanto empeño defiende, el busto, labrado en barro, del eminente Pasteur, cuyo ofrecimiento se haría en plena Cátedra, llevando la palabra, en nombre de todos, el Sr. Mandado.

El busto ha sido hecho por el notable artista Sr. Llimona, pensionado por el Excmo. Municipio de Barcelona en 1880. Para ello sólo ha tenido á la vista una fotografia pedida á París. A pesar de no prestarse el retrato á una obra de tanta importancia, el joven escultor ha conseguido ejecutar una verdadera obra de arte, llena de vida y de expresión. La adjunta fotografia da una idea bastante completa del busto; el distinguido fotógrafo Sr. Valenzuela, para tomarla, se ha visto en verdadero apuro, pues el taller del escultor, por la falta de luces convenientes para la reproducción y fijación, se prestaba muy mal al hecho fotográfico.

Descansa el busto sobre un pié de nogal tallado, de forma elegante y severo gusto. En él hay una placa metálica de factura artística, que lleva grabada la misma inscripción que la colocada en la tapa del álbum.

Una vez en Cátedra, el Sr. Mandado pidió permiso para expresar lo que sigue en nombre de sus compañeros:

*Señor:*

El día de hoy es el de más entusiasmo y júbilo para el Curso, del que me cabe la inmerecida honra de ser representante. Con orgullo interpreto las ideas y modos de pensar de mis siempre queridos discípulos, para los cuales y para mí el día 26 de Mayo figurará eternamente en los fastos de la historia de nuestra carrera.

Apenas se enunció la idea de tributaros un recuerdo de admiración y cariño, resonó unánime un aplauso, que revelaba ya el agrado y la unidad de pareceres con que todos os respetamos y os oímos. Los recuer-

dos han de estar en armonía siempre con quién los recibe y con quién los tributa. Pasaron por nuestros cerebros diversos pensamientos, y ninguno se aceptó con tanto gusto como el del progreso, pues así puede llamarse. En la ciencia es la antorcha que nos ilumina en multitud de excursiones sobrado oscuras y espinosas.

Como en ciencia sois progresista y nosotros también, buscamos una idea que expresara la admiración al maestro, y que á la par fuese un tributo al actual avance científico. La verdad es que todo lo dicho está representado por Pasteur. En él pensamos, y hoy os entregamos su busto con beneplácito de todos y en armonía con vuestras claras, concienzudas y elegantes lecciones.

Bien sabéis todos los que me oís lo que han progresado la Fisiología, la Patología y la Higiene gracias á los descubrimientos del insigne francés, y son aún más de agradecer y de admirar sus experimentos, cuanto que han dado la clave de combate con que el arsenal terapéutico actual se opone á muchas enfermedades. ¿Qué se hicieron de la septicemia, de la pioemia como complicaciones de muchas maniobras quirúrgicas? Se han borrado ó poco menos de las estadísticas, gracias á la cura de Lister, inspirada en las doctrinas de Pasteur.

Este ejemplo viene á probar, cual ligero boceto enseña un cuadro, la grandeza de los descubrimientos del gran experimentalista, nutridos por buena lógica y por clara revelación.

Como vos sois partidario del mentado sabio y nosotros también, hé ahí por qué os ofrecemos ese tributo, hijo del cariño y del respeto que os profesamos, ofrecimiento hecho espontáneamente por todos en general y por cada uno en particular. Recibid con él nuestra admiración, pues vuestros discípulos siempre han encontrado en vos las cualidades propias de los genios. El talento y la modestia son vuestras inseparables cualidades. Agregad á ellas vuestro trato leal y caballeresco, y tendreis un esquema pálido de lo que sois, y de lo mucho que valeis. Nuestra preocupación, de hoy en adelante, será poder imitaros. Ahora sólo podemos deseárselo, y con viva fuerza lo hacemos.

Recibid, con el busto de Pasteur, nuestra más sincera y cordial gratitud, nuestros buenos deseos, y recordad además siempre que los alumnos del Curso de Higiene Pública de 1883 á 1884, son ramas desprendidas del tronco ricamente nutrido por vuestra savia científica, y que á la par que os respetan y os respetarán como mereceis, os recordarán eternamente como uno de sus mejores y más íntimos amigos.

Os deseamos mil años de vida, un número inconmensurable de satisfacciones y triunfos y que vuestro nombre se inmortalice como el de muchos otros genios españoles.

HE DICHO.

Terminados los aplausos que arrancara esta sentida improvisación, dijo el Dr. Rodríguez Méndez á sus discípulos:

*Señores:*

Nunca, y por mi honor lo juro, he deseado con tanta vehemencia como ahora poseer las más relevantes cualidades de los que llevaron y llevan con justicia el título de buenos oradores. Para ponerme al nivel de la valía de vuestro obsequio, para decir algo que armonizara con tan leal y afectuoso cariño, yo necesitaría poseer una inteligencia de primer orden, una imaginación ardiente, y, dueño del molde de las ideas y de las imágenes, darles el más selecto ropaje, en el que á lo menos se reflejara mucho de lo que vosotros mereceis y algo del hirviente torbellino en que se mezclan y confunden los sentimientos y lucubraciones que en mí despiertan y que tienen vida por vuestras repetidas expresiones de amistad y respeto.

Yo siento en mi masa cerebral una excitación tan fuera de costumbre, tan insólita, que mis órganos de expresión, aquellos sobre todo que más habían de ayudarme en tan solemne instante, temblando, como tiemblan las flores del valle al estallar la tormenta en las alturas, son ineptos para conducirla al mundo externo. Yo siento en los alcázares de la inteligencia y de los sentimientos una actividad tan potente que, al convertirse en lenguaje hablado, la materia nérvica, que había de darla á conocer, incapaz de encauzar tanta violencia, rechina, se estremece y cae anonadada, hiriendo de paresia á los discos de mis músculos linguales. Arriba, á modo de danza macabra, se suceden en revuelto tropel las ideas y los afectos; abajo, cual si la impotencia dominase los superiores mandatos, la atonía, y lo que á la luz se pone incompleto y maltrecho. Allá, una abundante cosecha de la que fueron semillas vuestra conducta como alumnos, vuestra aplicación como docendos, vuestro cariño como amigos, y vuestro respeto como discípulos; aquí, escasos y abortados frutos. En el sentir y en el pensar una vitalidad desmesurada; en el decir, la más torpe de las expresiones. Por el un extremo la energía, la plenitud, la vida; por el otro, la decadencia, la mengua, casi la calma de los sepulcros.

¡Desdicha mía! Querer presentaros lo más selecto del orden psíquico, y tras poseer mediana potencia creadora, no poder hacer gala siquiera de los productos de ésta. ¡Cuán cierto es que no todo lo que se quiere se puede! Si cual quiero pudiera, habían de ser tan selectas mis ideas y mis palabras, que no tendría inconveniente en ofrecerlas á mis alumnos, satisfaciendo en algo su levantada conducta, y contribuyendo con mi

ofrenda á cohonestar las críticas de los que piensan en bajas esferas y de los que maldicen cuando hablan.

Halágame la idea de que me dirijo á vosotros. Conocéis de mucho tiempo atrás mi escaso mérito, y por lo mismo no han de causaros sorpresa mis incorrecciones. Ocultadlas, como otras veces, con vuestra benevolencia, y llenad los defectos del pensar y del sentir con vuestro talento y con las dulces afecciones de los que atraviesan la primavera de la vida. En esta confianza, comienzo la exposición de algo de lo que siento y pienso, cuidándome poco del orden, y dejando en libertad los conceptos á medida que vayan presentándose en los umbrales por donde han de llegar al mundo externo

Hecha la existencia del hombre y pasados los primeros momentos de admiración que motivaran los más próximos fenómenos, momentos en que hubieron de sucederse un hecho desconocido tras otro, una maravilla en pos de la precedente y un tropiezo después del anterior, la especie humana, en dolorosa experiencia, de recelo en recelo y de temor en temor, hubo de aprender que en nuestro planeta no era la única llamada á gozar de las delicias y á sufrir los quebrantos de la vida, y que en el festín de lo creado había más de una especie que le disputara el puesto. Andando los tiempos, las ideas de muchas generaciones se condensaron en una sola frase: *la tierra es un valle de lágrimas*. Antes de expresar este sencillo y elocuente pensamiento, el hombre sufrió rudos embates, y ya por impulsos destructores, ya por ley de defensa, se entrega á ardiente lucha, y ora vencedor, ora vencido, ni se da un instante de tregua, ni desarma un brazo que descarga incesantes golpes sobre las inclemencias de los elementos, sobre los séres vegetales y animales y sobre el hombre mismo. Parece que le guía en sus actos el genio de la devastación y que, olvidando su misión de paz, caridad y progreso, más gusta de la matanza que de la concordia. Lo mismo arranca la rama del árbol, que acaba con la vida de un sér inofensivo. ¡Qué más! No tarda mucho en derramar la sangre de un hermano, como si con este crimen quisiera dar á entender que no hay valladar que le contenga, ni respeto que le domine. El fratricida levanta bandera negra, entáblase la batalla, no terminada aún en nuestros días, y que se prolongará en los tiempos venideros, si es que Dios no toca en el corazón del hombre y éste de una vez aprende su misión en el planeta.

Por lo vergonzosas, por lo inmorales, por lo bárbaras, olvidémosnos en estè momento de las *hazañas* injustificables que realizara contra sus semejantes y contra otros séres. Si pensáramos en ellas, convertiríamos el día de hoy, que es de fiesta solemne y de alegría infinita, en día de tristeza y de remordimientos. ¡Tan sobrados estamos de penas, que sería caso de locura no aprovechar los instantes de bienandanza!

En sus primeros reveses, padres de las consecutivas contiendas, empezó á conocer el hombre que no pocas especies y varios acontecimientos puramente naturales eran sus adversarios. Para sobreponerse á estas potencias destructoras y para aniquilar más tarde á muchas de ellas, hubo de allegar cuantiosos recursos, frutos del azar los unos, de su inteligencia los otros. Usándolos más ó menos metódicamente, ha crecido tanto la porción terrestre en que el hombre impera, que hoy resulta grande el espacio para la población humana.

Al ensanchar la posesión que primitivamente ocupara, recorrió en los comienzos los caminos más fáciles, y ante los obstáculos por entonces infranqueables, ó paraba su curso, pidiendo al tiempo fuerzas para avasallarlos, ó burlaba los inconvenientes, corriéndose por los puntos más abordables y dejando á sus espaldas lo costoso de dominar. Luego pudo salvar algunas montañas, al parecer inaccesibles, vadear los rios, romper la inextricable disposición de las grandes selvas, cruzar de orilla á orilla los mares pequeños y llegar á las islas próximas. Más tarde, y sin miramientos de fechas ni de sitios llegó á nuestros días, hizo del bosque, guarida de animales dañinos y fecundo semillero de supersticiones, un almacén natural de abundante repuesto; holló con su pié las más elevadas cumbres ó atravesó sus bases para dar ancho paso á los productos de su ingenio; encauzó los rios y clavó sobre su cauce gigantescos anillos que enlazaron las interrumpidas vías de comunicación; convirtió los arenales en vegas; hizo brotar el agua en países secos, pidiendo á las capas profundas lo que negara á las superficiales esa llamada pródiga naturaleza; cruzó los mares de continente á continente; descendió al suelo ocupado por las aguas; subió á elevadas capas de la atmósfera; exterminó especies y ahuyentó las más persistentes; recorrió casi todo el planeta; *inventó*, para satisfacción de su orgullo, lo que de él no conocía; convirtió los vientos en fuerza utilizable; hizo bajar el rayo por barra metálica, agotando su potencia en las raíces del para-rayos, ó convirtió á aquélla en surtidor eléctrico que templó los desequilibrios de la api-zarrada nube de tormenta; casi reguló el régimen de las lluvias; encerró en pequeños recipientes los vapores en gran tensión, convirtiéndolos en su potencia favorita; hizo y deshizo á su antojo; miró en todas direcciones; creyóse el dueño; se reputó el más fuerte y, según frase de uno de nuestros poetas,

Cual el ave de Jove. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . . se proclama  
Reina del vago viento y de las aves,

el hombre se proclamó *Rey de la tierra* y *Señor de las especies*.

¡Ilusión! Este título, con el que tantas veces se engalanara, quería decir todo lo más, antes y ahora, que aumentaban sus dominios y que menguaban los rivales en la lucha por la vida; pero no expresaba, ni hoy mismo expresa, la posesión total ni el absoluto vasallaje. Aun no ha pisado el hombre toda la superficie del planeta que le conduce por el espacio; ni llega al suspirado polo ártico, habiendo dejado el otro por imposible; ni conoce todas las capas del suelo, ni las entrañas de la mole en que reside; queda ignoto casi todo el fondo de los mares, y de la atmósfera sólo ha investigado las capas inferiores. Aun viven especies enemigas, y aun desconoce parte de las existentes.

Y como si estos lunares, en su *real* potencia, es decir, en sus conocimientos, no fueran bastantes á quitarle de sus sienes la corona que tantas veces creyó ceñir definitivamente, apenas fija su atención en que la vida humana termina de un modo prematuro, y que en el sér intra-uterino como en el fuerte adulto la enfermedad y la muerte cierran el paso á la conclusión natural, á la muerte fisiológica.

Muchas y poderosas son las causas que acortan nuestra existencia; pero de todas las más temibles, las más mortíferas y las menos conocidas, son las infectantes. La explicación de su naturaleza ha recorrido el inmenso espacio que media del *quid divinum* al *quid ignotum*, pasando por las extrañas concepciones de las influencias siderales, de la astrología judiciaria, de las constituciones mesológicas, de los elementos y humores, de las materias putrescibles, de las catalisis y de tantas otras que fueron reemplazadas há tiempo por la palabra *miasma*, palabra mal definida, torpemente expresiva, y, sin embargo, reputada como la sumidad florida de las investigaciones etiológicas. Al decir *miasma* parecía que se había dicho todo, sin pensar que ni el concepto ni la voz daban idea fija de lo que se quería decir. ¡El hombre Rey, pagando oneroso tributo, como el más sumiso de los vencidos á séres imperceptibles, á séres cuya existencia ni le era dable sospechar! Las atrevidas afirmaciones de algunos filósofos de remotas épocas, y las ideas de Vitruvio y de Lancisi fueron sueños, delirios, que suelen llamarse locos los que se apartan del común pensar.

Andaban los tiempos, y en cada revolución del planeta se hacían grandes huecos en las filas de nuestra batalladora especie. El conocimiento de las mencionadas causas de muerte no pasaba del valor de una vana quimera. Los medios de inquirir verdades y de revelar secretos estaban agotados, y aún permaneceríamos á igual altura en la escala del progreso, si la Física no hubiera dado, con los medios amplificantes, el aparato preciso para mirar á través de la ventana del infinito.

La sorpresa de Micromegas, del habitante de Sirio, al descubrir en las aguas del Báltico la ballena y luego el buque en que viajaban varios filósofos, casi no es comparable á la inmensa que tendría Leeuwehoek,

el padre de la micrografía, al vislumbrar en sus primeras exploraciones el mundo de los séres pequeños (1675). Tras la sorpresa, vino la calma; y los recién hallados casi no pasaron de la categoría de un medio de entretenimiento, de un espectáculo más entre los muchos que á la vista de los científicos y de los vulgares se presentaba.

Después, y entre las negativas y burlas de los recalcitrantes, de esos *sabios* de pacotilla que niegan todo lo que no cabe en su cabeza y niegan mucho porque el continente es reducido, aquellas pequeñas colecciones vistas por Leeuwenhoeck y por Hartsoëker, se hicieron tan abundantes que se hallaban, y variadisimas, do quiera que se mirara. El número llegó á imponerse; los infinitamente pequeños por el volumen é infinitamente grandes por la cantidad residían en todas partes, y con su presencia y funciones daban patentes muestras de su vivir. Buscados primeramente en los lugares más inmundos, como desquite de su existencia, como resta de su número, cuestiones ya indiscutibles, el hombre, reputándolos enemigos asquerosos, casi les volviera la espalda y los dejó dominando en todas las podredumbres y en todas las corrupciones. Viven y se multiplican, pero en su recinto no quiere dominar el Rey de la tierra.

Tan soberano desprecio, una de tantas muestras del orgullo humano, duró bien poco. Multiplicadas y perseverantes investigaciones, casi siempre empezadas con dudas y acabadas con un solemne *Confiteor*, dieron á la ciencia una verdad laboriosamente hecha: los séres microscópicos tienen una zona de residencia mucho más lata que el Señor de las especies. Harto de verlos en el agua de los mares, de los ríos y de las fuentes, en el suelo y en la atmósfera, ganoso de hallar un sitio en que no los encontrára, explora toda la tierra. En las regiones cubiertas de perpétuo manteo niveo, y en las aguas termales; en la cumbre de las montañas y en el fondo de los mares; en los secos desiertos y en los campos repletos de agua; en los vegetales y en los animales; en las rocas y en los suelos blandos; en las llanuras y en los países escarpados; en los alimentos y en los preparados farmacéuticos; en la cuna y en la tumba, los microbios de Sedillot viven y crecen; los micro-organismos son ubicuitarios, y más cosmopolitas que el hombre.

Ante pruebas tan palpables, ante el ver y creer, no quedó para los estudiosos y para los de ánimo levantado otro recurso que la aceptación de los nuevos séres. Sin embargo, algunos de los creyentes y la gran mayoría de los que vacilan ó niegan, emprendiendo el peor de los caminos, intentaron é intentan negar importancia al más sorprendente de los descubrimientos. Para ellos, y permitidme calle la explicación que *in pectore* me doy de su conducta, los organismos microscópicos son séres de acción indiferente, ó han sido creados para solaz del hombre, ó para su castigo, y en todo caso sus efectos no pasan de ciertos límites,

teniendo apenas trascendencia en la evolución de los fenómenos tal como hasta aquí se comprendieran y explicaran.

Siento abusar de vuestra excesiva condescendencia, mas al llegar á este semillero de heregías científicas, toleradme, Señores, que proteste con todas mis fuerzas de tales aberraciones y que, siguiendo la voz de mi conciencia, no deje pasar sin réplica esas armas de mala ley traídas en mal hora para ellos y en buena para nosotros al campo en que se elabora la verdad científica.

Desempeñan los microbios papeles tan trascendentales, que cambiaría la vida en esta mísera tierra si por acontecimientos imposibles de concebir dejarán aquéllos de ser lo que son y de trabajar cual trabajan. Con este atrevido concepto expreso cuán distante me hallo de los creyentes *in partibus* y de los que sistemáticamente niegan. Reputo imposible, aun haciendo sólo un índice, exponer cuanto hoy se sabe como hechos positivos, y pues así lo creo, aceptad parte de tan inagotable materia, y no tomad como modelo de mi relato, ni el orden científico, ni el curso cronológico.

Apenas se apaga la hirviente lava y queda convertida en dura roca, apenas deja al descubierto el agua un peñasco, y apenas, hendida una montaña, azota la atmósfera su pétreo esqueleto, los imperceptibles gérmenes de pequeñas criptógamas se fijan en la dura superficie, se desarrollan en tan resistente suelo, lo tapizan de musgos multicolores, ahondan sus raíces, disgregan los microscópicos fragmentos de la piedra y dan por la trituración rocas en polvo, que las aguas, las nieves y los vientos conducen á los valles para formar parte de la tierra vegetal y servir luego de nutrimento á los manjares y á los útiles que produce la vegetación natural y la vegetación cultivada.

Arrastran las aguas de avenida masas de materia orgánica y de elementos inertes, que van ocupando el fondo de los mares ó que atajan incompletamente su curso, constituyendo los temidos *deltas*. Estas incoherentes sustancias llevan consigo fermentos microscópicos, tomados de la atmósfera, arrastrados del suelo, hallados en el punto de parada, fermentos que se encargan de convertir gran parte de los aluviones en séres vivos, de invisible tamaño, que ora preparan los abonos orgánicos, ora descomponen los silicatos y carbonatos para hacerlos más asimilables, creando así capas de *tierra que respira*, que serán los continentes y las costas de mañana.

Allá, en las alturas, demuelen y rebajan; aquí en las profundidades sub-acuáticas, construyen y levantan; de la roca hacen valle y del valle fondo marítimo; después alzan el fondo, suben la costa y dejan sembrada nueva residencia para las especies de los tiempos venideros. Círculo eterno, de acción poco aparente, pero de seguro efecto. Entre Cuba y la Florida se fabrican hoy tierras, que han de expulsar á las aguas y jun-

tarán con broche calcáreo dos islas independientes. Las madreporas preparan istmos para los Lesseps del mañana.

Viven en las aguas en inmensa orgía. Dejando aparte la hipótesis de Heckel (*Batybius*), desde el organismo invisible hasta las majestuosas colonias, que constituyen verdes alfombras en los lagos, capas rosadas, amarillentas, ó lechosas en los mares, tintes verdosos en los rios, los microbios realizan en ellas profundas modificaciones. Aquí es la *Beggiatoa sulfuraria* la que hace del yeso del suelo los productos sulfurosos de las aguas medicinales; allí purifican las infectas aguas de rio otros vegetales microscópicos que las vuelven transparentes y azuladas; en este otro punto llenan de malicia un pantano los *Bacilli malaricæ*; en aquel caen con lasa guas de lluvias miriades de *M. prodigosus*. —La infección, la purificación, la continua agitación de los líquidos naturales, nada tiene que envidiar á los cataclismos geológicos. Un solo ejemplo: asienta Berlin sobre una infinita población de microbios. Una ancha capa, cuyo grosor oscila entre 2 y 33 metros, está constituida por ellos. Con decir que en dos piés cúbicos hay 140 billones, tendreis idea de su número; con expresar que levantan el suelo á pesar del enorme peso de las edificaciones humanas, edificaciones que sufren el traqueteo del crecimiento y multiplicación, formareis concepto de su potencia. —La nitrificación, los criaderos de salitre, son obra de micro-organismos. —Las materias de abono no llegarían al vegetal, si los fermentos no fuesen el obligado é irremplazable intermedio entre el hombre y la absorción del nuevo preparado.

Levantadas por los vientos estas pequeñas criaturas, hállanse continuamente en la atmósfera. Como el rayo que la atraviesa, fabrican, con las basuras aéreas, sustancias amoniacaes, dejando más limpia y transparente la capa gaseosa de nuestro globo. Aparte de las dedicadas á estas faenas, hay en ella los gérmenes de todas las especies microscópicas existentes, y desde la altura bajan lo mismo para preparar el azucarado fruto que para reducir á elementos químicos los restos putrescibles. —La moderna ciencia posee aparatos de tan vigorosa precisión que, en el Observatorio de Mont-Souris, lleva Miquel la cantidad de las existentes en el aire que circula por ingeniosos tubos, traza la curva gráfica, compárala con la de las infecciones de la población parisiense, y el paralelismo más sorprendente pone de relieve la relación que existe entre estas enfermedades y aquellas causas. Más, entended que la microquimia, cual hace el barómetro, predice las tormentas ó las calmas en el terreno morbozo y que no es siempre un resultado *a posteriori*.

Micro-organismos son los agentes que preparan ó perturban las sustancias alimenticias; los que cambian las condiciones de muchos preparados farmacéuticos, ya inocentes de toda inocencia, ya tóxicos, como el licor de Fowler; ellos son los fabricantes del pan, de las bebidas fermentadas, y los que, apoderándose de los restos y de los muertos enteros,

tras largo festín, conducen á la variada colección de los productos cada-  
véricos, sin olvidar las ptomainas, volviendo al círculo de la materia lo  
transitoriamente estancado en vida; ellos son los que convierten en im-  
potente el esfuerzo y en ridícula la obra de los embalsamamientos. No  
quiero forzar los límites, pero á un talento superior no costaría hoy gran  
trabajo probar que en la vida vegetal, desde las metamórfofis del grano  
hasta las modificaciones del fruto, y en la vida animal, desde el elemento  
macho y el elemento hembra hasta el ocaso de la existencia, recorriendo  
las funciones de las células aisladas del organismo, las de los fermentos  
ó sus jugos (?), las de las producciones emigrantes *per se*, los más tras-  
cendentales fenómenos son de igual cariz y tal vez de igual naturaleza  
que los realizados fuera del organismo. A ese mismo talento no le sería  
muy difícil describir la colonia de pequeños séres, que por su conjunción  
y armonía, constituyen la república de los organismos grandes, sin que  
en ello viese ofensa para las individualidades independientes, y sin re-  
currir á la teoría de Bechamp y Estor y á los peregrinos organitos de  
Bouchardat.

No creais que estas suposiciones relativas á los macro-organismos  
son verdades demostradas ni tal vez demostrables; tomadlo sencilla-  
mente como un exceso de afirmación hijo legítimo del exceso de nega-  
ciones. Los extremos se tocan. Mas por mucho que se pode, por mucho  
que se esquilme, siempre quedará un robusto tronco de verdad científica,  
una fabulosa cantidad de útiles semillas, y con aquél y con éstas no será  
dudoso que los séres microscópicos desempeñan funciones de alta  
monta, que su existencia no es un adorno en la viviente naturaleza, que  
su actividad no es indiferente, y que si hay especies nocivas y temibles,  
hay otras de tan excelentes condiciones, que andan por encima del  
hombre, y que si éste fuese justo, cual es orgulloso, cargos que se atri-  
buye, debiera conferirlos al que legitimamente los desempeña. El hom-  
bre, reputándose autor, no pasa de ser usufructuario de muchos pro-  
ductos que llama sus hechuras: en vez de poner como razón social de  
alguna fábrica su nombre, sería más lógico emplear el nombre técnico  
del *Micrococcus*, del *Bacillus*, de la *Criptógama* que realiza la función. Sin  
ellos no habría el resultado, y sin el hombre y á pesar del hombre los hay.  
Seamos justos, y al conceder á estos pequeños trabajadores la distinción  
que merecen, acordémonos del desvío con que se miran por los dueños  
los no reemplazables esfuerzos del obrero de todas las jerarquías socia-  
les y de todas las especies productoras.

Largo tiempo, Señores, creyóse por la gran mayoría que el hombre  
estaba libre de la acción directa de los microscópicos vivientes. Y eso que  
en los albores de estos conocimientos los viera Leeuwenhoek residir en  
la boca y salir con las materias fecales. Aceptáronse al fin los innumera-  
bles habitantes de la cavidad bucal, y luego se han ido admitiendo los del

estómago, de los intestinos, de las fosas nasales, de la cavidad traqueo-bronquial, etc. Demostrada esta verdad, no faltó quien dijera que eran seres indiferentes, y que el hombre, el organismo más perfecto, podía resistir impunemente los embates de estos invasores, ya porque se estrellasen ante la muralla córnea que le circunda, ya porque muriesen pronto los que pasaron por la brecha. Omito los modernos estudios acerca de los fermentos figurados de los líquidos digestivos; callo lo dicho acerca de los leucocitos, eritrocitos, hematoblastos y demás elementos sólidos de la sangre; no menciono las palpitantes cuestiones de la célula espermática y del óvulo femenino; pero si en estos asuntos del dominio de la Fisiología no podemos ni debemos inmiscuirnos, justo es que reivindicemos, como materia propia de nuestro estudio, el derecho de tratar de los agentes patógenos vivos.

Quisiera tener tiempo. Há mucho que terminó la hera reglamentaria y he de reducir mis palabras, mutilando los conceptos. Por fortuna, de este extenso campo conocéis las ideas generales y los hechos de detalle. Recordad los padecimientos parasitarios de la piel, hoy indiscutibles, y ensanchad los ámbitos de la memoria para ir recibiendo el nombre de los seres que se van hallando en nuevos padecimientos, y especialmente en el enclaustrado líquido de variadas pústulas; recordad los ofensivos habitantes de la boca, bien conocidos, y preparadse para conocer más, entre otros, los productores de la caries dentaria y de varias anginas tonsilares; recordad los parásitos del estómago é id pensando en los que son dispeptógenos; recordad el tubo intestinal con sus habitantes, para que no os sorprendan luego con la naturaleza parasitaria de varias dispepsias y catarros, con la causa íntima de la disentería y con la posible prevención de los padecimientos tíficos, que ya preveía Gueneau de Mussy, que intentó Vulpian y que no está agotada; recordad los micrococos de Friedländer y el bacilo tuberculoso de Koch; recordad los hongos del oído, las células contagiosas de ciertas conjuntivitis y la eficacia de los anti-sépticos en algunas enfermedades de la pituitaria; recordad que las fiebres eruptivas son el tipo de las infecciones, y que Eklund ha aportado para alguna de ellas importantes datos; recordad los trabajos de Klebs, de Koch y de Maragliano acerca de las fiebres tifoideas; los de Salisbury, Klebs y Tommasi-Crudeli y Laveran, en el paludismo; los de Carmona, Lacerda y Freire, en la fiebre amarilla; los de Koch, en el cólera; los de Martineau, en la sífilis y los de Eklund, en la blenorragia; los de Moncorvo, en la coqueluche; los de Frankenhauser, Bremwell y Petrone, en la anemia perniciosa de Biermer; y, para no citar otros, los incomparables de Pasteur en el carbunco, en la septicemia, en la rabia, etc. En otro orden de ideas, reparad cómo vuestros maestros de Clínica usan con profusión los medios anti-infectantes, y no vacilan en aceptar precauciones que ayer hubieran parecido ridículas y que hoy son más precisas que el

bisturí para las carnes y la sierra para el hueso; no importa que las curas por oclusión, que las de Guerin, ó que las de Lister, Billroth, etc., se disputen aún el campo; en el fundamento hay coincidencia: se trata de tapar las aberturas y de matar los gérmenes que lleven. La clínica, la siempre reacia clínica, ha sancionado las conquistas modernas, y todavía llena de unguentos y sucia de cataplasmas bendice los esfuerzos de estos campeones de las teorías microbianas. Dejádla que siga recordando su pasado, del que se desprende en ciertos puntos con hartas dificultades encadenada por los resabios y amanerada por la rutina; al fin será la experimentación su más robusto apoyo, y dejando de ser el Cain de este buen Abel, se convertirá en el José de los hermanos mayores, de la observación, del empirismo grosero, de la imitación de los animales, de las teorías más fantásticas que demostrables.

Mucho antes de que los descubrimientos en el mundo pequeño dieran lugar á ardientes luchas, ya estaban divididos los hombres en la magna cuestión del origen de los séres. A medida que el número de los recién hallados iba en creciente, suscitáronse las antiguas contiendas y se despertaron los dormidos odios. O la heterogenia, ya bastante maltrecha; recobraba sus pasados bríos con los nuevos hallazgos, ó había de hundirse para siempre en el polvo del olvido. Así hubieron de entenderlo los partidarios de la generación espontánea, y por instinto de conservación se aprestaron á formal batalla. Tras largo combatir, apenas si quedaron más que tres campeones de valor sobresaliente. Bastian, que defendía la espontaneidad; Pasteur, el sabio Pasteur, que alzaba la bandera de la panspermia, y Tyndall, que vacilaba ante el choque de tan encontradas corrientes. Pero Tyndall no era de la pasta de los irresolutos y quiso tener opinión propia: bastábanle su buena voluntad y el gran ingenio de que goza. Sus esfuerzos para hallar la verdad, como dice un eminente naturalista, fueron más grandes que los trabajos de Hércules al limpiar los establos de Augias: comenzó sus estudios en un sótano y allí halló los micro-organismos, subió á la planta baja, al primero, al segundo, al tercer piso, á la azotea y los mismos séres le perseguían; huyó de la urbe, y en cuantos puntos despoblados se fijara, en todos encontró gérmenes. Rendido á la evidencia más que á la fatiga, se afilió resueltamente entre los panspermistas, poniendo su inventiva y su talento de parte de la buena causa, y siendo una de las más firmes columnas en que se apoyan las teorías que niegan la generación espontánea.

La lucha personalísima se hizo entre Bastian y Pasteur. Aquél impugnaba ardientemente los experimentos del sabio francés; éste contestaba con un hecho tras otro, estrechando de día en día las distancias y cerrando la puerta á todas las objeciones. Llegó un momento decisivo: concertóse el día, la hora y el sitio del duelo; el jurado había de pronunciar su fallo; Pasteur concurrió á la cita; Bastian... abandonó el conti-

nente, se embarcó para Londres y dejó hecha pedazos su enseña. En el templo de la exonteparidad tocaron á muerto, y en el de la panspermia anunciaron las campanas la solemne fiesta de su triunfo.

Todos estos esfuerzos han sido precisos para que el hombre adquiriera el íntimo convencimiento de que se halla ante enemigos potentes. ¿Los vencerá como á los más voluminosos? No es posible preveerlo, aunque haya la esperanza de conseguirlo. Tiene aquél, como armas, la inteligencia, la experimentación, y, sobre todo, la creencia de que pueden ser muy nocivos; á estas fuerzas oponen los micro-organismos su pequeñez, su resistencia, su maravillosa reproducción y su misma variabilidad. Ha de ser tenaz la lucha. ¡Bienaventurado el hombre de mañana si logra siquiera la extinción de un género, de una especie! Hoy todas nuestras victorias solo expresan que vencemos en insignificantes escaramuzas. Mañana... no olvidemos que somos finitos, y que á ellos les hemos llamado infinitamente numerosos. Parece que estos conceptos, por erróneos que sean, hacen presentir nuestra derrota.

A tener la más leve duda de que ignoráis los progresos que la ciencia debe á Pasteur, no se hallaría momento más oportuno que el presente para exponerlos. Porque los conocéis, y buena prueba es vuestro valiosísimo y delicado obsequio, los omito. Fortuna grande para mí que pueda callarlos sin pecar, pues de otro modo había de pasar mi inteligencia por verdaderas horcas caudinas. Guárdalos cuidadosamente mi memoria, pero ni sabría criticarlos sin pasión, que soy apasionado de ellos, ni podría narrarlos todos con esa sencillez elocuentísima que él los divulga. No encontraría modo de contaros sus estudios acerca de las fermentaciones, que han causado una inmensa revolución en la química orgánica y en la apreciación de muchos fenómenos biológicos, del orden hígido y del orden morbozo; ni pudiera deciros las inmensas ventajas que reportó la agricultura con sus descubrimientos en las enfermedades del gusano de seda, de los vinos y bebidas fermentados, de los rumiantes y de las gallinas; casi no se concibe aún la inmensa trascendencia de sus doctrinas y de sus hallazgos en el carbunco, en la septicemia, en la infección purulenta, en la rabia y en general en todos los padecimientos infecciosos, ya se les considere como hechos aislados que precisan un conocimiento, antes vago y quimérico, ya como fundamento y sostén de la moderna Terapéutica, farmacológica y quirúrgica, ya como luminoso faro en las más oscuras cuestiones de patogenesis y profilaxis.

No es Pasteur una de esas figuras de las ciencias que descubren un hecho, trazan una ley de escasa comprensión ó ven el principio de una vía que pronto se acaba. No es tampoco un productor de ciencia que fecundiza una porción de terreno asaz definido y de naturaleza especialísima, pero más allá del cual no llega la buena semilla. Sus resoluciones, basadas en indestructibles experimentos, alcanzan á una dilatadísima

esfera: desde las más altas cuestiones filosóficas y religiosas hasta los hechos de menor cuantía, han sentido la mágica influencia de su profundo saber; el origen de los pequeños seres, que conduce en último extremo á una voluntad suprema; las misteriosas transformaciones de la materia; las muestras de potente energía ó de acabamiento patológico; el por qué de muchos fenómenos de desconocido mecanismo; los secretos del enfermar, del morir y del podrirse; la explicación de numerosísimos hechos de orden puramente técnico é industrial; todo esto y mucho más que adivina vuestra inteligencia, ha sido en todo ó en parte manifiestamente revelado, y no por el artificio de las especulaciones que suelen dar más sombra que luz, sino por el detalle de experimentos, que todo lo iluminan y esclarecen. Y al levantar el tupido velo que cubría tanto secreto, hoy al alcance del vulgo, Pasteur ha hecho mucho más que los metafísicos, que estos podrán enseñar, pero difícilmente se abren paso en las cabezas medianamente organizadas, que son las más abundantes; él ha llevado el convencimiento aún á aquellos que sólo digieren lo más sencillo, y como al filósofo de la antigüedad le ha bastado probar que había el movimiento moviéndose, se ha valido de tan fáciles razones, que del ignorante hace un sabio, del vulgar nn instruido, del rutinario un reformador, y del vacilante de buena fe un apóstol de la doctrina. En esta interpretación está la clave de la lentitud con que andan aquellas escuelas, que al fin quedan á retaguardia, y de la rapidez con que progresan todas las afirmaciones de Pasteur.

Sólo lo dicho y lo que de la misma materia callo, bastaría para poner muy alto el nombre del ilustrado micrógrafo, tan alto, que quedase muchos codos por encima de no pocos que la humanidad reputa como sabios. Mas por valioso que Pasteur sea en los múltiples conceptos expresados, tienen sus estudios otra faz, de tal importancia, que la llamaría la de más trascendencia, si posible fuese establecer comparaciones entre hechos de tan gran estima. Hubo de estar verdaderamente inspirado para ocurrírsele la idea de convertir al infatigable obrero, al perturbador microbio, al más revolucionario de los seres, al más perverso por sus obras patológicas, en ángel custodio de las enfermizas especies en que más se cebara. Ha domado el hombre animales y vegetales, con el utilitario objeto de hacerlos sus ayudantes y servidores. ¡Pero cuánto tiempo hubo de mediar entre el conocimiento de estos seres, la idea de domesticarlos y la realización del proyecto! ¡Cuánta diferencia entre aquellos individuos y los comprendidos en las Bacteriaceas!

Convengamos, Señores, en que es un pensamiento tan elevado que, á no tocarlo hoy en el terreno de los hechos consumados, lo tendríamos por un sueño ó por un producto de inteligencia enferma. No había más antecedentes formales que la incorrecta y groseramente empírica noción de la vacuna jenneriana. La atenuación de los virus, mejor dicho, la con-

versión del microbio patógeno en microbio profiláctico; la domesticación y utilización del sér salvaje; la conversión del criminal en guardia de seguridad individual, es un acontecimiento de grandeza indiscutible, y yo no sé que haya otro análogo ni en nuestras ciencias, ni en todas las biológicas, ni en las nacientes sociológicas. Si pudiéramos reducir á un común denominador todos los progresos para el hombre útiles, y midiésemos su cantidad, estoy seguro que habría de sorprendernos el valor de este adelanto. La idea sola, aunque no existiese la vacunación contra el carbunco, contra el cólera de las gallinas, contra la rabia, es verdaderamente admirable. ¡Cuán fecundo el trabajo que ha hecho del singular el plural de vacuna! ¡Cuánto provecho obtendremos de los principios en que se funda tan maravillosa conversión! ¡Cuán grandiosas son las teorías *pasteurianas*!

Cuando se contemplan los hechos á esta altura, cuando se ven resultados tan ostensibles, ¿qué valor podreis conceder á esos aparatosos y enclenques argumentos que lanzan contra tan inexpugnable fortaleza algunos *ingenios* mal avenidos con el adelanto, y que hacen en las ciencias lo que en la navegación los buques condenados á perpetuo amarre? ¿Perderemos el tiempo escuchando las palabras, tal vez sin conceptos, de los que dicen: que no se conocen la gran mayoría de los séres pequeños; que las clasificaciones vacilan como las arenas de la costa; que las familias, el género y la especie no están bien determinados; que se toman como formas diversas aspectos de un solo sér; que para cada padecimiento se quiere hallar un parásito; que cada autor describe uno; que la nomenclatura es vaga; que se usa mucho la voz microbio, de valor muy lato? Si no dicen más que esto, si sus razones no tienen más sustancia, diré, como Horacio: *risum teneatis, amici*. Todo esto es verdad en gran parte, no lo niego; pero con Galileo contestaremos: *e pur si muove*. Esos fuegos fatuos, como los del cementerio, no brillan cuando el Sol luce sus galas, cuando el experimento afirma; aparecen con las sombras y aprovechan las ausencias. Sin duda olvidaron que vale más una verdad que el apuntar en lista millones de ignorancias, y que es más sabio el que conoce una sola cosa que el poseedor inconsciente de todo lo desconocido, si su posesión no alcanza á arrancar un solo secreto al mundo de lo ignoto.

Sí, lo que no es concebible, la impugnación partiese de los clínicos, y tuviesen el descaro de decir inoportuna y prematuramente que las teorías *pasteurianas* no han resuelto el problema á la cabecera del enfermo, no recordadles que la Cirugía moderna es lo que es y se llena de triunfos por ella; no recordadles que el medicamento más empírico, la quina, se ha hecho racional por el parásito del paludismo; no recordadles que van á la zaga de los panspermistas y que usan y abusan de los *microbicidos*; decidles tan sólo, imitando el lema de la obra de Richardson:

que vale más un gramo de profilaxis que veinte kilogramos de tratamiento. Si son rectos de conciencia, sellarán sus labios ante la idea eminentemente moral y caritativa que envuelve esta frase; si replican... compadeceles, pero compadeceid más á sus enfermos.

Sea cualquiera la faz que se contemple, en lo abstracto como en lo concreto, en los principios como en las deducciones, en las leyes como en los fenómenos, en lo especulativo como en lo útil, en lo positivo como en lo negativo, en lo averiguado como en lo desconocido, la obra de Pasteur es tan sublime que, á no ser contemporáneo nuestro su productor, tal vez se ocurrirían dudas de su génesis humana. Y como así lo pienso, y como no encuentro un adjetivo digno de tanta sustancia, si no me maravilla que en vuestro afecto hacia mí hayais buscado una prenda de tal valía, sorpréndeme, y no poco, que al querer dar una muestra de la admiración á que es acreedor el genio, busqueis cabeza ajena para manifestar vuestros sentimientos y creencias. Que á Pasteur tributaseis el más solemne homenaje, y hicieseis llegar á sus noticias la veneración que se merece, no me extrañaría; pero que os conduzca vuestro cariño al extremo de concederme lo que á él únicamente pertenece, tal impresión me causa que, no bastando el agradecimiento con toda su fuerza expansiva, para aguantar el peso de vuestra inapreciable dádiva, yo me siento aplastado bajo tan honrosa carga y me avergüenzo de no valer más para que mis méritos diesen siquiera apariencias de justicia á vuestra gratitud y cariño. Si algo me tranquiliza en tan azarosa situación, es mi tesón de propagandista, á pesar de los obstáculos con que hubo de encontrarme en mis primeros pasos por esta vía. Ni la indiferencia de los unos, ni las reticencias de los otros me hicieron retroceder, y fija mi vista en un porvenir que preveía brillante, reunía datos, coleccionaba cuanto aparecía, intentaba desvirtuar los argumentos de los contrarios, y sembraba en esta Cátedra las semillas cultivadas en campo ajeno. Mas comprendereis que aún así era mi encargo bastante modesto. Procuraba llegasen hasta mí los rayos del sol de la ciencia, é inmediatamente, sirviendo de superficie reflectora, los dirigía á mis alumnos, teniendo empeño en no quitarles con mis palabras su pristina pureza, y me daba por muy contento y me creía suficientemente recompensado en tan pequeña fatiga al ver que aprovechabais las ideas modernas, que vuestra inteligencia aceptaba sin trabajo tan preciado manjar, que de etapa en etapa sembrabais en todos campos los conocimientos adquiridos, y que, haciendo de microbios, mejor dicho, de fermentos, en más de un encéfalo, revolviais las viejas ideas, las metamorfoseabais y terminabais, obligando á producir conceptos y prácticas que sin vosotros se hubieran retardado.

Con sublimidad en el pensar y elegancia en el decir, vuestro elocuente compañero Mandado ha hecho, en representación de todos, solem-

ne profesión de fé. Yo recojo vuestra promesa; no olvidad que la guardo en mi memoria. Hasta aquí habeis catequizado á algún hereje científico. De hoy en adelante, misioneros de la verdad, vuestro campo de acción ha de ser más lato y tendréis ocasiones repetidas de propagar nuestro credo. No os arredren los obstáculos, que vuestra inteligencia, vuestros bríos y vuestro entusiasmo sólo merecen luchar con graves inconvenientes. Id como fueron desde aquí otros á difundir tan racional doctrina, y como ellos, guardaos de imprudentes exageraciones que dan fuerza á los contrarios.

Quisiera citar el nombre de muchos que en la vida íntima, en la escolar, en la prensa, en las academias, han divulgado las doctrinas pasteurianas recogidas en esta Cátedra; para ello tendría que nombrarlos uno por uno, que evocar el recuerdo de los varios centenares de juveniles inteligencias que por aquí pasaron; prefiero, sin que esto sea olvidar á ninguno, pronunciar un solo nombre, el de Masoti, y á éste solo, no porque le quiera más, que le quiero tanto como á todos vosotros, sino porque al tributarle esta muestra de cariño y estimación, hemos de prodigarle un vivísimo consuelo: él, uno de los apóstoles de nuestras creencias, se ve perseguido por la adversidad, y hoy vive en un pueblo casi sin nombre, cuando sus condiciones le llamaban para desempeñar altos puestos. ¡Compense siquiera, en parte, nuestro recuerdo, la injusticia de su mala fortuna!

Con las victorias conseguidas y con haber orientado á muchos de mis alumnos en tan revuelto campo, me conceptúo sobradamente recompensado. Si tuve fe en mi empeño, es porque creí defender la verdad, que es obligación de todos; si trabajé para difundir conocimientos, ví con gusto que no se perdía la cosecha; si el Maestro fué así para vosotros, es porque tuvo tales discípulos. Por lo mismo, obrando en estricta justicia y guiándome por los impulsos de mi conciencia, ahora, como antes, sirvo otra vez de superficie reflectora, y así como de Pasteur aprendisteis ciencia, hoy que conoceis lo que vale, hoy que agradeceis la posesión de sus hallazgos en el mundo de lo pequeño, vuestra consideración, vuestro respeto y vuestro cariño hacia mí, puesto que á él lo debo en gran parte, súmolos con los que siento hacia él, é íntegros se los envío. No es muy grande la ofrenda, pero tal vez en ninguna haya tanta espontaneidad y tanto entusiasmo. Ni somos el Gobierno francés para colmarle de honores y de pensiones; ni la Universidad de Edimburgo para concederle entre aplausos el título de Doctor; ni un Congreso científico, ni una Academia para ponerle en el puesto de los eminentes; valemos poco, pero probemos á lo menos que es tanta nuestra estimación que han sido los Pirineos, la barrera granítica, pequeño obstáculo para que aprendamos del sabio y un medio diatermano para la expresión de nuestro sentimiento.

Acostumbrado á leer en vuestros semblantes lo que allá adentro pensais y sentís, acabo de sorprender una protesta que ha estado á punto de estallar. Estais conformes, absolutamente conformes, en conceder á Pasteur todos los honores posibles y poneis su mérito muy sobre vuestra cabeza; pero no quereis quitar al presente que me haceis su dedicatoria; quereis que la fiesta sea toda en mi obsequio. Pues bien, acepto. Formo parte de un Claustro, constituido por vuestros Maestros y todos representamos el espíritu de la Facultad de Medicina de Barcelona. En nombre de ésta, y en nombre de aquéllos, recibo con vivísima alegría la expresión de vuestras ideas y sentimientos. Tomo la parte que me corresponda; pero han de tomarla también los que están convencidos de la verdad de la doctrina, los vacilantes que ya casi no dudan, y los que aún no han hecho profesión de fe; hoy meditan y reflexionan, y mañana, con su potente inteligencia, darán nuevos bríos á las teorías pasteurianas y harán más en breves horas, que hice yo en años. No siempre son los más útiles los que accidentalmente se hallaron en la vanguardia. Ahórrome equivocaciones callando sus nombres; vosotros, que habeis recogido su ciencia, ponedlos en los grupos precedentes. Dentro de algún tiempo, revisad la clasificación y vereis cómo engrosan las falanges *pasteurianas*.

Con aceptar el regalo en estas condiciones me encuentro mucho más tranquilo. Sería completo mi sosiego si tuviese tiempo de citar todos los que en España tienen hoy derecho á nuestro recuerdo; antes he hablado de un *Médico rural*, de Masoti; ahora añado, recordando grupos sociales: un médico militar, mi discípulo, Granizo; un compañero vuestro hace algún tiempo, Viñal; un condiscípulo mio, García Solá; un compañero mio, Alcina; un profesor libre, Mendoza; un maestro, Maestre; un Director de aguas minerales, Góngora. ¡Cuántos más pudieran mencionarse si quisiera hacer numerosa la falange española! Perdonen los no mentados. En vuestra memoria como en la mía se hallan ocupando lugares preferentes, y á todos enviamos la más cariñosa felicitación.

Acabo muy pronto. Dispensadme un momento más de atención.

Ordinariamente las manifestaciones escolares tienen algo de bulliciosas y suelen pasar al dominio público antes de realizarse. Es la vuestra tan excepcional, que ha permanecido en el secreto, dando con ello patente testimonio de que son compatibles con las alegrías y entusiasmos de la edad florida, la calma y la reflexión de los adultos. En medio de este sigilo ha ido evolucionando vuestro pensamiento y habeis dado término formal y serio á vuestro proyecto. Al correr los velos que los ocultaban, al ser público este acontecimiento, es posible que la pureza de vuestras intenciones reciba, pero sin mancharla, la baba de la calumnia, que la envidia se revuelva contra vosotros, que se os acuse de serviles y aduladores, que se diga os guían móviles bastardos; es posible que, al recibir yo enhorabuena, lea en la cara del cortesano algo que le

rebaje, y que sorprenda en alguna imperceptible arruga del rostro, que les sirve de máscara, detalles de un mal pensamiento y de una grosera suposición. Así como hay quienes piensan y sienten bien, hay quienes *tienen obligación* de sentir y de pensar mal. No os llenéis de justificada ira: locos ó criminales, ignorantes ó perversos, son dignos de compasión. Si no os inspirasen lástima, creedme, amigos, yo no tendría orgullo en daros este nombre. Digan cuanto quieran, murmuren hasta cansarse; vosotros ni dejareis de quererlos ni sentireis cansancio en compadecerlos.

Solo me dolería una acusación y voy á poner gustosamente candados en su boca. Estamos obligados, vosotros que obsequiais y yo que soy el foco de vuestras deferencias, á ser agradecidos. Tributemos un sincero voto de gracias al sabio Pasteur, á quién tomamos nuestros conocimientos, á quién debeis el principio y fin de esta fiesta y á quién somos deudores de la entrañable y sincera amistad que nos liga. Paréceme que su espíritu se encuentra entre nosotros y que hace vibrar al unisonon las más delicadas afecciones, como antes hizo brotar nuestros más sublimes pensamientos.

¡Gracias, Pasteur! Pero entiende, que al saludarte con toda la efusión de nuestra alma, al dejar que libre circule desde el campo de nuestros sentimientos el aroma de la gratitud, ni te reputamos un ídolo, ni nos rebajamos hasta ser idólatras. Eres un hombre, pero un hombre de tanta inteligencia, de tanta inventiva, tan dado al estudio, y tan hábil en arrancar secretos á la naturaleza, que justamente mereces el acatamiento de otros hombres que se precian de independientes y altivos, y que sólo ante tu valía se llenan de orgullo bajando la frente. Eres un hombre, pero en tí se encarna el método *a posteriori*, en tí vive el genio de la experimentación, en tí se han condensado los esfuerzos de las generaciones precedentes que lucharon contra las imposiciones metafísicas; en tí saludamos y reverenciamos el espíritu de nuestros días, el espíritu del progreso verdadero y de los conocimientos positivos.

Hubo un día en que un mal aventurado hubo de recriminarte por que no eras médico, y en que á falta de razones recurrió á un argumento de tan mala índole como era pobre su causa. ¡Justicia de Dios! Por sufragio de las capacidades científicas te hiciste el Maestro de los médicos. ¡Qué lección tan elocuente! Si mezquindades de tal jaez aun no abandonaron tu memoria, si aun duele tan alevosa herida, nosotros, médicos los unos y próximos á serlo los otros, protestamos de tan injustificable conducta, y como solemne testimonio de que nos curamos más de lo intrínseco que de lo baladí y accidental, de que vemos en tí la potente palanca que empuja las ciencias biológicas, y de que aceptamos tus doctrinas, levantamos un ACTA, que te recuerde siempre lo que pensamos, lo que hemos hecho, lo que queremos y el concepto en que te tienen los alumnos y el Catedrático de Higiene pública de la Facultad de Medicina de Barcelona.

Acéptala con la misma buena voluntad que te la concedemos, y acepta al mismo tiempo el entusiasmo con que al despedirnos, exclamamos todos, unánimemente: ¡Gloria á Pasteur!

Acogida con grandísimo entusiasmo la idea de extender un *Acta*, en que se expresaran á Pasteur nuestras manifestaciones, la redactó el mencionado alumno Sr. León. Hé aquí su texto:

«En la ciudad de Barcelona á 26 de Mayo de 1884 celebróse en la Cátedra de Higiene pública de la Facultad de Medicina la solemne entrega de un álbum y de un busto del sabio Pasteur, que los alumnos dedicaban á su Profesor Dr. Rodríguez Méndez, propagador incansable de las teorías panspermistas, como testimonio del cariño que le profesan.

Después de un elocuente discurso pronunciado por el alumno señor Mandado, señalando la importancia patogénica de aquella doctrina, expuso el Dr. Rodríguez Méndez á grandes rasgos las luchas sostenidas por el hombre en los tiempos anteriores con otras especies y la que actualmente emprende con las más pequeñas; tratando de la importancia del estudio de los micro-organismos, y poniendo de relieve el importantísimo é inimitable papel que en esta cuestión desempeñara y desempeña Pasteur. Y considerándose como pantalla reflectora de méritos ajenos, terminó proponiendo que se levantase un *Acta*, que fuese la duradera expresión de respeto hacia el sabio francés, de admiración á su asiduidad y talento y de aceptación á sus doctrinas, cimentadas en habilísimos y concluyentes experimentos. Esta proposición fué aprobada por unanimidad en medio de entusiastas aclamaciones tributadas al eminente Profesor, que ha arrancado á la Patología de los goznes sobre que hasta entonces girara, imprimiéndole nueva dirección, y al que en España ha estudiado este movimiento presentándole á sus discípulos como bueno, llevando la bandera de la ciencia moderna experimental.

En cumplimiento del acuerdo, firman los presentes á la sesión.»

Este *Acta* ha sido extendida en un pliego grande de papel pergamino por el acreditado calígrafo Sr. Valenzuela. El borde superior lleva una elegante cabecera, en la que se ven medallones de diversos tamaños, que contienen grabados de los aparatos usados en las culturas y de varias especies de micro-organismos, especialmente los descubiertos por Pasteur, ocupando el del centro un microscopio moderno. Los detalles que adornan este *Acta* honran al autor, que ha sabido vencer, en pocas horas y enfermo, los inconvenientes con que tropezaba.

Para terminar esta reseña, diremos que se ha comisionado al laborioso higienista de París y Secretario de la *Societé française d' Hygiène*, doctor Pietra Santa, para que entregue personalmente al esclarecido Pasteur la pequeña ofrenda que al genio tributamos.

